ALZAMIENTO Y REVOLUCIÓN: EL 18 DE JULIO EN LA BASE NAVAL DE CARTAGENA

JUAN MARTÍNEZ LEAL

Los acontecimientos desarrollados en los buques y en las bases navales constituyen uno de los capítulos decisivos de aquellos tres días de julio que conmovieron España y al mundo entero.

Como es sabido, la tripulación —clases auxiliares y marinería— hizo fracasar los intentos de los oficiales de sumarse a la rebelión, apoderándose de los barcos, en una gesta que merece considerarse en la historia de las revoluciones modernas (1). La fidelidad republicana de las clases auxiliares y la marinería impediría —demoraría— el paso del Estrecho de las fuerzas expedicionarias del Norte de África al mando de Franco, que era una de las operaciones clave para el éxito inmediato del levantamiento contra la República (2).

En estrecha relación con estos acontecimientos están los desarrollados en las tres bases navales, aquí con suerte desigual. Mientras en Cádiz y en Ferrol triunfó el levantamiento antirrepublicano, Cartagena fue la única gran base naval que quedó en manos de la República, convirtiéndose así, a lo largo de la guerra, en la sede operativa de la Flota Republicana. Es en esta perspectiva donde hay que situar para su comprensión la importancia de los hechos ocurridos en Cartagena a partir del 18 de julio.

Para esclarecer estos sucesos contamos con una importante masa documental, tanto del lado nacionalista, como del lado republicano. Básicamente son: «Informe incoado en averiguación de los sucesos ocurridos en la Base Naval de Cartagena al iniciarse el Alzamiento Nacional» (S.H.E.M.A.) (3). «Cau-

---

(1) Un relato apasionante y apasionado de estos hechos, en forma novelada, pero con una importante base documental, puede encontrarse en Manuel D. Benavides, «La Escuadra la mandan los cabos». Ed. Roca. México, D. F., año 1943, ed. 1976. Para una exposición en profundidad, vid. Ricardo Cerezo, «Armada Española siglo XX». T. II, ed. Poniente. Madrid, 1983, págs. 171-208. Por último, Daniel Sueiro, «La Escuadra es roja». Argos Vergara. Madrid, 1979.

(2) Este era el importante papel que Mola —el Director— reservó a la Flota en sus conocidas «Instrucciones para las Fuerzas de la Armada», de fecha 20 de junio. Como se ha señalado, Mola no prestó excesiva atención a la Armada hasta que a finales de mayo tiene decidida la participación del Ejército de África. Vid. Fernando Fernández Bastarache, «La sublevación en la Marina». *El 18 de julio, la sublevación paso a paso. La guerra civil*. Rev. Historia-16. Madrid, 1986, pág. 91.

(3) Servicio Histórico del Estado Mayor de la Armada (SHEMA). Archivo rojo o republicano. NC.321-4.

sa N.º 22 instruida con motivo de la rebelión militar en las distintas dependencias de la Base Naval de Cartagena» (A.H.G.C.S.) (4), y la documentación de la Causa General, en concreto el «Informe a la Fiscalía de la Causa General de Murcia sobre los acontecimientos en la Base al iniciarse el Alzamiento Nacional» (A.H.N.) (5).

La primavera de 1936 fue en Cartagena, como en el resto de España, extremadamente tensa. Tras el triunfo del Frente Popular, una enorme manifestación recorrió las calles de la ciudad pidiendo la amnistía de los presos políticos y la destitución del gobernador militar, general José López Pinto, y del jefe de la Base Naval, vicealmirante Juan Cervera Valderrama, especialmente señalados por el pueblo por su papel en la represión del movimiento de octubre del 34 en la ciudad (6). El Ayuntamiento se sumó a estas peticiones, de las que se hizo eco el Gobierno nombrando al general de Brigada Toribio Martínez Cabrera y el vicealmirante Francisco Márquez Román para los cargos respectivos de gobernador militar y jefe de la Base. Martínez Cabrera era conocido por sus simpatías izquierdistas y su adscripción a la masonería.

Esa misma primavera las tradicionales y famosas procesiones cartageneras de Semana Santa no salieron a la calle por temor a graves alteraciones del orden público. El Jueves Santo se produjeron, sin embargo, graves incidentes entre una manifestación frentepopulista y grupos derechistas, entre los que había varios oficiales de la Armada y del Ejército (7).

En el mes de junio, la tensión se agudiza. Ante los rumores de que se había sublevado la guarnición del Regimiento de Artillería de Costa, el día 29 fuerzas de asalto y civiles armados con dinamita se agolpan en las inmediaciones del cuartel (8).

Ese mes, una verdadera explosión de huelgas recorre en cadena la ciu-

---

(4) Archivo Histórico Guerra Civil Salamanca (AHGCS). Sección político-social. Documentación del Tribunal Popular de Cartagena. Carpeta 1, pieza separada N.º 2, expediente N.º 2.

(5) Archivo Histórico Nacional. «Expediente de la Causa General. La dominación roja en España». Ramo de Cartagena, carpeta 1.067, pieza N.º 2 «Alzamiento Nacional».

(6) Para estos sucesos, véase de la Prensa local el periódico «La Tierra», 18 de febrero de 1936 y ss. La despedida de Cervera, que pasó sin destino a la reserva, se convirtió en una manifestación de las derechas. Sin embargo, López Pinto fue nombrado gobernador de Cádiz y allí jugó un importante papel a favor del Alzamiento.

(7) La Prensa, censurada, apenas si dio cuenta de los hechos. La información está recogida de «Respuesta al fiscal de la Causa General», op. cit., pág. 25.

(8) *Ibídem*, pág. 24.

dad y su comarca (9). Esta sucesión de huelgas parciales culminarían en la huelga general, que iniciada el 14 de julio, terminaría cuando ya el alzamiento se había producido en Marruecos (10). La huelga tuvo visos insurreccionalistas. El motivo era la solidaridad con los obreros de los Canales del Taibilla, en huelga desde hacía un mes reivindicando unos atrasos salariales. Todos los sectores de la producción, del comercio y de los servicios públicos—incluido la guardia municipal— fueron a la huelga. La ciudad carecía de pan, de agua y de luz. Por las noches, únicamente los potentes reflectores de los buques surtos en el puerto iluminaban la ciudad, confiriéndole un aspecto casi fantasmal, como de ciudad en guerra. Las autoridades militares ordenaron el acuartelamiento de la tropa, el refuerzo de las guardias y establecieron servicios de vigilancia en distintos puntos de la ciudad, reforzando a las fuerzas de seguridad. Pero los intentos de restablecer los servicios básicos tropezaban con el sabotaje de los obreros. El día 17 la huelga acabó con el triunfo de las peticiones obreras. El 18 de julio la ciudad se disponía a recobrar «la normalidad», pero la normalidad sería ya imposible por mucho tiempo en Cartagena. Comenzaba la guerra civil.

LA CONSPIRACIÓN

Cartagena era uno de los enclaves militares de mayor envergadura de la Península. Como cabecera del Departamento Marítimo del Mediterráneo, su Base Naval disponía de complejas instalaciones militares. En su Arsenal, además de la factoría de construcciones navales (11), se encontraban el Cuartel de Marinería, el Cuartel de Guardias de Infantería de Marina, la Base de Submarinos, los Servicios de Ingeniería Naval, Las Escuelas de Buzos y Submarinistas, importantes depósitos de combustibles y municiones, así como una importantísima Estación de Radiotelegrafía. Fuera del recinto propiamente dicho, quedaban los Servicios de Intendencia de la Armada y la propia Jefatura de la Base.

---

(9) Algunos de estos conflictos puntuales fueron: El 20 de mayo, paro general en la cuenca minera; hacia el 19 de junio comienza la huelga de los obreros de construcción de los Canales del Taibilla; el 9 de junio se suman los obreros que trabajaban en la construcción del dique seco del Arsenal; el 12 de junio, los obreros de la Fábrica de Productos Químicos comienzan el paro encerrándose en la empresa; por último, el 19 de junio, huelga general en el campo cartagenero. Ver el «Eco de Cartagena» de ese período.

(10) La mejor información sobre los cuatro días de huelga, en «La Tierra», día 18 de julio de 1936. En todos los informes citados se encuentran también referencias parciales a los acontecimientos huelguísticos.

(11) En los talleres de la factoría están en fase de construcción o reparación los siguientes destructores: «Almirante Miranda», «Gravina», «Almirante Antequera», «Ciscar», «Jorge Juan», «Escaño» y «Ulloa». Ricardo Cerezo, op. cit., pág. 235.

La Base era, además, la sede operativa de importantes dotaciones navales: Las dos flotillas de destructores, las flotillas de submarinos, las flotillas de torpederos y otros barcos auxiliares de transporte y salvamento (12).

Junto a estas fuerzas navales se encontraban los efectivos de la guarnición del Ejército, compuesta por la fuerza del Regimiento de Artillería de Costa N.º 3 y el Regimiento de Infantería Sevilla N.º 34, que agrupaba entre oficiales y tropa un contingente de 2.443 efectivos (13). Estas fuerzas se integraban en la III División orgánica con cabecera en Valencia. Completaban estos efectivos de tierra una Compañía de la Guardia Civil, una Comandancia de Carabineros y fuerzas de Guardias de Asalto.

Ya fuera de la ciudad, pero a pocos kilómetros, se encontraban la Base Aeronaval de San Javier, adscrita a la Jefatura de la Base, y el Aeródromo de los Alcázares, dependiente de las Fuerzas de Aviación.

El alcance de la trama conspiratoria en la Base y en las fuerzas de marina a ella adscrita, es hoy prácticamente imposible precisar en todos sus contornos, porque la mayoría de los implicados murieron en las matanzas tristemente célebres del Río Sil y del España N.º 3.

Parece claro, sin embargo, que la conspiración tomó cuerpo en Cartagena principalmente entre un importante grupo de oficiales de la Armada (14). El núcleo básico se articulaba en torno a un grupo en que destacaba el capitán de fragata Marcelino Galán Arrabal, comandante del destructor «Almirante Ferrándiz»; el comandante del destructor «Sánchez Barcáiztegui», el capitán de fragata Fernando Bastarache y el jefe de Estado Mayor de la segunda flotilla de destructores, Francisco Pemartín Sanjuán. El comandante del submarino C-2, Juan García de la Mata era el enlace con la flotilla de submarinos y el ayudante mayor del Arsenal, Francisco Moreno de Guerra, actuaría de enlace con las otras dependencias de la Base. Por su parte, el teniente de navío José Tapia Manzanares actuaba de enlace entre los oficiales de las flotillas de destructores. En la Base Aeronaval de San Javier, su jefe José León de la Rocha era uno de los más decididos partidarios del alzamiento; y destinado a los Alcázares se encontraba el capitán de Aviación Martín Selgas Perea, un destacado derechista, que era el encargado de mantener el contacto

---

(12) Los destructores afectos a la Base eran: «Almirante Valdés», «Almirante Antequera», «Churruca», «Lepanto», «Alcalá Galiano», «José Luis Díez», «Almirante Ferrándiz» y «Sánchez Barcáiztegui». «Respuesta al Fiscal...», op. cit., pág. 264.

(13) RAMÓN SALAS LARRAZABAL, «Los datos exactos de la guerra civil». Ed. DOPESA. Madrid 1984, pág. 264.

(14) «Informe incoado en averiguación de los sucesos ocurridos en la Base Naval de Cartagena al producirse el Alzamiento Nacional», op. cit., págs. 12 y ss. De aquí está extraída la información básica para la trama conspiratoria en la Armada.

con Valencia, de donde habían de venir las instrucciones para la declaración del estado de guerra.

Muy importante es señalar que ni el jefe de la Base, vicealmirante Francisco Márquez, ni el jefe del Estado Mayor, Ramón María Gámez, ni el jefe del Arsenal, contralmirante Camilo Molíns, se encontraban implicados en los planes conspiratorios, pese a que de ellos se esperaba en los momentos decisivos su aportación al triunfo del movimiento.

Cerezo relata los primeros contactos de estos mandos con Juan Yagüe en Ceuta durante el mes de abril, y más tarde en Canarias, con motivo de las maniobras de la Escuadra, con el General Franco (15). De estos contactos, los oficiales adquirieron una visión cabal del levantamiento que se preparaba en el Ejército. De cualquier modo, hasta el 20 de junio no dictó Mola —el director de la conspiración— sus «Instrucciones a la Fuerzas de la Armada». En ellas se les asignaba tres cometidos básicos: Colaborar en el paso del Estrecho de las fuerzas del Ejército de África, asegurar el orden público en las bases y apoyar a las fuerzas del Ejército desde el mar. Respecto a Cartagena se le asignaba además la vigilancia de la costa desde su base al golfo de Rosas y se especificaba que dos unidades habrían de destacarse a Barcelona y una a Valencia para tomar contacto con el mando rebelde (16).

De los contactos de estos núcleos de conspiradores con el resto de la guarnición (17) y la población civil cartagenera (18) las fuentes son poco explícitas.

Para empezar, el comandante militar Toribio Martínez Cabrera es general leal, conocido como se ha dicho por sus ideas republicanas. Algunas fuentes afirman que no se recataba en levantar el puño en algunos actos civiles y que al contemplar los enfrentamientos del Jueves Santo mencionados se marcharía gritando «¡viva la República!» (19). Sea o no cierto, la verdad es que su comportamiento posterior no dejará lugar a dudas en su defensa de la República.

---

(15) Cerezo, op. cit., págs. 68-69.

(16) Bastarreche, op. cit., págs. 92-93.

(17) De estos contactos, sólo se afirma que se llevaron a cabo diversas reuniones, «... concretamente una en la playa denominada de la Horadada, a la que asistieron representaciones de Infantería, Aviación y Artillería y de los diversos cuerpos de la Armada, haciéndose un minucioso examen de las fuerzas con que se podían contar». «Informe incoado en averiguación de los sucesos...» (SHEMA), op. cit., pág. 12.

(18) La población civil, como en todas partes, tuvo un papel muy secundario en la conspiración. Para detalles de la posible participación falangista, vid. Eduardo García Gallud, «O éste, o aquello». Murcia, 1971, págs. 308-313.

(19) Esto es lo que se afirma en la «Respuesta al Fiscal...», op. cit., pág. 27.

El Regimiento de Artillería era un importante núcleo izquierdista. En abril de 1936 se había ampliado la plantilla en 600 soldados y 70 sargentos, a costa de otros regimientos de la Península: «Cada regimiento había mandado sus elementos más díscolos y más afectos a las organizaciones obreras y políticas» (20). Los informes nacionalistas afirman que un buen número de sargentos se reunían con elementos del Frente Popular y organizaban la acumulación de dinamita. El teniente coronel jefe del Regimiento, José Brandaris de la Cuesta, era conocido por sus ideas republicanas, bien auxiliado por los comandantes Orcajo y Armentía. Por contra, los partidarios de la sublevación se encontraban entre la oficialidad. Entre ellos destacaban los capitanes José Esteban Palero, Ángel de la Iglesia, Antonio Lombartí y José López Pinto. El segundo jefe de Estado Mayor del Gobierno Militar, capitán García González, se encontraba implicado y el capitán Francisco Sierra Gauche tenía la misión en la misma dependencia de vigilar a Cabrera (21).

En el Regimiento de Infantería que mandaba el coronel Lázaro García Díaz, sólo una minoría de oficiales, entre los que se encontraban los capitanes Luis Miguel Romero, Waldo Barcón y José Mínguez, se destacaban por sus ideas derechistas. La mayor parte de los jefes y oficiales rindieron después buenos servicios al Ejército Republicano (22).

Enterado el ministro de Marina, Giral, de que algo se tramaba también en Cartagena, envió al teniente de navío Pedro Prado para averiguar el alcance de la conspiración. Prado se reúne con el teniente de navío Vicente Ramírez y con otros auxiliares de la Armada en Cartagena. El resultado es la destitución el día 14 de julio de Marcelino Galán como comandante del «Almirante Ferrándiz»; de Francisco Pemartín como jefe de Estado Mayor de las flotillas de destructores; de Francisco Javier Chereguini como comandante del submarino B-5; de Manuel Álvarez como comandante del submarino C-6; del capitán de Artillería Manuel Bruquetas, y, finalmente, del capitán de Ingenieros José de la Figuera (23). Estas medidas provocaron brotes de insubordinación al negarse Galán, apoyado por otros oficiales, a dejar el mando del destructor.

Pero otras medidas de Giral contribuirían a restar eficacia a la subleva-

---

(20) *Ibídem*, pág. 24.

(21) *Ibídem*, pág. 26.

(22) *Ibídem*, pág. 38.

(23) Giral fue probablemente el único ministro del Gobierno que tomó medidas efectivas para tratar de neutralizar la insurrección que se avecinaba. Las que se refieren a Cartagena están tomadas de «Informe incoado en averiguación...» (SHEMA), op. cit., págs. 12 y 13. Para una exposición más amplia de las medidas generales, Cerezo, op. cit., pág. 226.

ción en Cartagena. Alertado el Gobierno de una posible insurrección en Marruecos, y para impedir el traslado de tropas a la Península, se ordena el día 15 la salida hacia aguas del Estrecho del destructor «Churruca» y del «Lepanto». Al «Almirante Ferrándiz» se le ordena partir hacia Barcelona, salida que se demora ante la resistencia de los jefes destinados en la flotilla de destructores, lo que obliga al ministro a ordenar al jefe de la Base, vicealmirante Márquez, se hiciese cargo del mando de la flotilla hasta la llegada de su jefe Ramón Navia-Ossorio, que había ido a Madrid a discutir con el ministro las mencionadas destituciones.

Ya en la noche del 17, y ante la evidencia de la sublevación en Marruecos, se ordena partir hacia el Estrecho a los destructores «Sánchez Barcáiztegui», «Almirante Valdés» y «Alsedo»; también se ordena lo hagan cinco submarinos de la Base (24).

Estas medidas, claves desde una visión estratégica, contribuiría además a alejar de Cartagena un importante núcleo de conspiradores.

LA SUBLEVACIÓN

Si en la noche del 17 de julio son sólo rumores, en la mañana del 18, mientras la ciudad comienza a reponerse de la huelga de días pasados, se conoce cierto que la sublevación militar ha empezado. Atentos a la orden de declaración del estado de guerra que había de venir de Valencia, esa noche pocos oficiales han dormido en el recinto del Arsenal. A media mañana llega al Arsenal el enlace con Valencia, Martín Selgas Perea, pero sin la declaración de guerra. Trae la noticia del alzamiento e instrucciones para neutralizar a los enemigos y también listas de colaboradores civiles (25).

Pero el verdadero revulsivo para desencadenar los sucesos en Cartagena fue la recepción a las 12,25 horas en la Estación de Radio del Arsenal del mensaje de Franco (26), invitando a las guarniciones de la Península a sumarse al ejemplo del Ejército de África. El mensaje decía: «Gloria al Ejército de África. Recibid el saludo más entusiasta de estas guarniciones que se unen a vosotros y demás compañeros peninsulares en estos momentos históricos. ¡Viva España con honra! General Franco» (27).

---

(24) «Informe incoado en averiguación de los sucesos...» (SHEMA), op. cit., pág. 13.

(25) Cerezo, op. cit., pág. 227.

(26) Declaración del oficial segunda radiotelegrafista Manuel Rodríguez Albiol. «Causa N.º 22 instruida con motivo de la rebelión militar en las distintas dependencias de esta Base Naval» (AHGCS), op. cit., Dependencia estación de submarinos, pág. 28. Hay quien opina (Benavides, op. cit., pág. 63) que Albiol jugó un papel en Cartagena similar al de Benjamín Balboa en Madrid, cosa que, desde luego, no se traduce de la declaración del propio Albiol.

(27) Arrarás. «Historia de la Cruzada Española». Vol. VI, tomo XXIV, pág. 30.

El jefe de la estación, Manuel Sierra Carmona, lo puso en conocimiento del Estado Mayor, donde dispusieron que se le diera curso a Madrid. Entusiasmados los partidarios de la sublevación, reunidos en la Ayudantía Mayor alrededor de Marcelino Galán, establecen dos líneas de acción. Una, presionar al jefe de la Base, Márquez, para que declare el estado de guerra; otra, ordenar el acuartelamiento de la tropa. Se manda formar tres compañías para salir a la calle, se refuerzan las guardias y se emplazan ametralladoras en la torreta de la puerta del Arsenal (28). De hecho, a partir de entonces la oficialidad del Arsenal está sublevada, ante la pasividad, connivencia o desconcierto del jefe de la Base y del Arsenal.

Presionado Márquez, decide comisionar al jefe del Estado Mayor, contralmirante Gámez, y a otros oficiales, para dar a conocer el mensaje de Franco al gobernador militar Cabrera y tratar de convencerle para que declare el estado de guerra. Cabrera se niega aduciendo su dependencia de Valencia y recomienda esperar a lo que disponga la cabecera de la División, táctica dilatoria que, como veremos, le permitirá ganar unas horas para recuperar la iniciativa (29). A partir de ahí debieron sucederse en las horas siguientes los contactos telefónicos entre Cabrera y Márquez. La táctica de Cabrera da sus primeros frutos cuando el jefe del Arsenal, Molíns, ordena suspender a primeras horas de la tarde la salida a la calle de las compañías formadas en el patio de armas y se ordena también que Galán y Selgas Perea abandonen el recinto, cosa que no harán en el sentido indicado. Selgas embarcará en el hidroavión «Artabro» hacia Valencia con el propósito de regresar rápidamente con el bando esperado, cosa que no conseguirá, pues la confusión reinaba también en la cabecera de la División (30).

Galán, por su parte, permanecerá con otros oficiales, sucediéndose a partir de entonces febriles reuniones en el destructor «Lazaga», la Base de Submarinos y la Estación de Radiotelegrafía, tratando de forzar la situación. Desde la emisora de radio lanzan diversos mensajes anunciando que Cartagena se encuentra sublevada, para contagiar a las guarniciones próximas. Repetidamente presionan a los jefes de la Base para que declaren el estado de guerra sin esperar órdenes de Valencia, sin tampoco conseguirlo. La situación en estas horas de la tarde es de rebeldía pasiva, sin que los alzados se atrevan

---

(28) «Informe incoado en averiguación...» (SHEMA), op. cit., págs. 13-14.

(29) Todas las versiones coinciden en apreciar la actitud de Cabrera no como dubitativa, sino como una estratagema dilatoria. A las pocas horas pasó a una acción decidida para sofocar el intento golpista.

(30) De la peripecia de Martín Selgas Perea dan cuenta Cerezo, op. cit., págs. 229-230, y Cruzada, op. cit., pág. 39.

a romper la cadena de mando y pasar a una acción rápida que les permita el control de la ciudad.

Al caer la tarde se detiene en el Arsenal a significados izquierdistas, como el teniente de Navío Antonio Ruiz, segundo comandante del submarino C-5; el capitán de Intendencia Rafael Zarauz, el segundo maquinista Manuel Gutiérrez y dos buzos más (31).

Otros contratiempos se suman a la demora del estado de guerra para los sublevados. Si al comienzo de la tarde se recibe en la Estación de Radio un servicio del destructor «Sánchez Barcáiztegui» afirmando que está al servicio de Franco, a las pocas horas se recibe otro afirmando que el anterior es mentira (32). Las dotaciones de los buques han comenzado a rebelarse contra sus jefes. Inicialmente los oficiales pusieron buen cuidado en que los auxiliares de la Base estuvieran ignorantes de cuanto sucedía, pero poco a poco éstos comienzan a reaccionar. Extrañados de cuanto acontece, conectan entre sí, establecen consignas y comienzan a vigilar los movimientos de sus jefes (33). Algunos de ellos conectan con las autoridades civiles para dar cuenta de lo que acontecía en el Arsenal. Ya en la noche, al formarse la dotación de marinería del Arsenal para la distribución de la guardia, salieron de la formación gritos «subversivos», que los oficiales no pueden controlar, consiguiéndolo el mismísimo contralmirante Molíns con un discurso «patriótico» (34). Cabrera, por su parte, había ordenado a destacamentos de Guardias de Asalto tomar posiciones en las inmediaciones del Arsenal, pero las fuerzas se retirarán para aparecer posteriormente el día después.

Sin embargo, esa noche los oficiales siguen controlando la situación, porque se forman tres compañías de marinería con un cañón de desembarco que permanecieron toda la noche al mando del capitán Francisco Moreno de Guerra, preparadas para intervenir. Una dormía vestida en el cuartel con las armas en la mano, otra dormía en la explanada y otra se desplegaba por secciones en los sitios estratégicos (35). Así transcurría el día 18 en el Arsenal.

---

(31) «Causa N.º 22 instruida con motivo de la rebelión militar en las distintas dependencias de esta Base Naval» (AHGCS), op. cit., informe del instructor de la Causa Carlos Balandrón. Vence sobre los sucesos del Arsenal (27 julio 1936), págs. 2-3.

(32) Informe de Manuel Rodríguez Albiol, «Causa N.º 22», op. cit., pág. 39.

(33) Esta situación descrita se desprende de la lectura de los informes de los auxiliares a lo largo de la Causa N.º 22, *Passim*.

(34) José Cervera Pery: «Alzamiento y revolución en la Marina». Ed. San Martín. Madrid, 1978, pág. 92.

(35) Una detallada información de los movimientos de estas compañías de marinería en el Informe de Balandrón, op. cit., pág. 1.

Pero, mientras tanto, ¿qué sucedía en las otras dependencias militares de Cartagena?

En la Base Aeronaval de San Javier, prácticamente todos los oficiales, empezando por su jefe José León de la Rocha, eran partidarios de la rebelión militar. Desde primeras horas de la mañana del día 18, el coronel ordena el régimen de estado de guerra (36). A las 10 de la mañana toman tierra en San Javier procedentes de Madrid, el contralmirante jefe de Aviación Naval, Ramón Fontenla Maristany, y el capitán de fragata Fernando Navarro, enviados por Giral para hacerse cargo de la Base Aeronaval y de las flotillas de destructores, respectivamente. Ambos son inmediatamente detenidos. Sin embargo, tampoco aquí adoptaría el mando ninguna medida de apoyo activo a los sublevados del Arsenal. Más incomprensible resulta la falta de iniciativas para neutralizar el cercano Aeródromo de los Alcázares, fiel a la República, y una amenaza cierta, como veremos.

Mediada la tarde, alertados los auxiliares, varios de ellos encabezados por el oficial tercero de Aeronáutica Manuel Garcellés, consiguen escapar a los Alcázares quitando previamente los percutores a las ametralladoras. En los Alcázares la decisión es firme de defender la República. El aeródromo Burguete, como se le llama, es un importante foco de republicanismo mandado por Juan Ortiz, conocido por sus ideales socialistas. Éste, en combinación con Cabrera, tomó inmediatamente la iniciativa para reducir a los rebeldes de San Javier. Una columna de 300 hombres, militares y civiles, apoyados por varios aviones llegaron en la madrugada del 19 a San Javier. Los aviones, en vuelo raso, lanzan octavillas conminando a la rendición y realizan ráfagas de ametralladora, mientras la columna penetra por el campo de vuelo. En ese momento auxiliares y soldados abandonan a sus jefes proclamando su adhesión republicana. Los oficiales se rinden sin apenas defensa. Cuando llega la columna mandada por Cabrera desde Cartagena la rebelión ha concluido. El desenlace de los hechos es una muestra de la importancia de la audacia y decisión en momentos clave.

En los regimientos de tierra la situación se decanta también rápidamente a favor de la República. Aquí, como se ha visto la correlación de fuerzas era favorable a la República, por lo que pese a los intentos de algunos oficiales la sublevación abierta no llegó nunca a producirse. Las escenas de mayor tensión se registraron en el Regimiento de Artillería, cuando los oficiales orde-

---

(36) Para los sucesos de San Javier nos hemos basado principalmente en el informe del capitán José Melendreras, jefe de la Base después de los sucesos, de fecha 30 de julio de 1936, de la Causa N.º 22 (AHGCS), págs. 95-99. También, en el informe de 17 de septiembre de 1941, de la «Respuesta al fiscal de la Causa General» (AHN), op. cit., págs. 48-51.

naron a la tropa salir de paseo y a los sargentos reunirse en la Biblioteca. Temerosos estos de que tratara de una emboscada se armaron, negándose a dichas órdenes (37). En una tensa vigilancia mutua transcurrieron las horas. El teniente coronel Brandaris fue tomando decisiones efectivas para neutralizar los posibles focos de insurrección, concediendo permisos a los oficiales sospechosos, cambiándoles de baterías, para desvincularlos de sus subordinados y, finalmente, deteniendo a los más derechistas (38).

En el Regimiento de Infantería no llegó a registrarse brotes de insurrección. Los principales mandos permanecieron fieles en estrecha relación con Cabrera. No obstante, los informes muestran una situación «difusa» de tensión latente, hasta el día 21 ó 22 de julio, cuando la población invadió el recinto «confraternizando» con la tropa y anulando «la disciplina y subordinación de éstos» (39). Hasta el día 24 no comenzaron las detenciones de los oficiales considerados facciosos.

Así, pues, al amanecer del día 19, sofocada la insurrección de San Javier y decantada claramente la situación a favor de la República en las guarniciones de tierra, únicamente el importante núcleo del Arsenal y los buques surtos en los diques (40), continuaban en una situación de rebeldía incierta.

LA REVOLUCIÓN

Los días 19 y 20 de julio, la sublevación de los oficiales de la Armada se transformará en una revolución de la que serán protagonistas las clases auxiliares, la marinería y el pueblo cartagenero.

La mañana del 19 comienza con el primer incidente violento de causas confusas. A primeras horas, el fogonero Dionisio Marchante Avilés dispara contra el teniente de Navío Ángel González, que cae abatido sin vida en terrenos de la Estación de Submarinos. A continuación, un grupo de oficiales disparan contra el fogonero, que cae malherido, muriendo poco después en

---

(37) Para los sucesos en los Regimientos de Infantería y Artillería, los datos están extraídos del «Informe de la respuesta fiscal de la Causa General» (AHN), op. cit., págs. 18-46.

(38) *Ibíd.*, pág. 29.

(39) *Ibíd.*, pág. 39.

(40) Los buques eran los siguientes: Los destructores «José Luis Díez» (en dique), «Alcalá Galiano» (que aunque recibió orden de salir a Barcelona regresó en seguida a la base), «Alsedo», «Lazaga», a los que se unió en la tarde del 19 el «Almirante Valdés». Además de ellos, se encontraban ocho submarinos, cuatro torpederos, el transporte «Almirante Lobo», el barco nodriza «Kanguro» y el guardacostas «Tetuán». Cerezo, op. cit., pág. 234.

el hospital. ¿Incidente aislado o fruto de la tensión general? (41). El caso es que se origina un revuelo enorme, que obliga al jefe del Arsenal a intervenir para aplicar los ánimos, atribuyendo el hecho a los designios de un loco.

Para aliviar la tensión creada —y tal vez convencido Márquez del fracaso del movimiento en la ciudad— se anula la orden de acuartelamiento, dando francos de ría a la marinería y auxiliares. Esa misma mañana se sabe en la Base que el destructor «Almirante Valdés» tiene prevista su llegada esa tarde a Cartagena. La tripulación, al grito que se hizo célebre «¡A Cartagena! ¡A Cartagena!», detuvo a los oficiales y decide regresar a su Base (42). La noticia se extiende entre la guarnición y por toda la ciudad, sembrando el temor al contagio entre la oficialidad, que todavía alienta algunas esperanzas. Temores ciertos, porque a mediodía la tripulación del «José Luis Díez» —en dique— alborota en el buque dando vivas a la República.

Cuando llega la tarde, los acontecimientos se precipitan por la aparición en escena de una manera tumultuosa de las masas populares adictas al Frente Popular. La población se reponía de una dura huelga general de cuatro días cuando conoce, un poco a contrapié, la terrible noticia del movimiento militar. Pero ya en la tarde del 18, centenares de personas se congregan en el Ayuntamiento reclamando armas para defender la República (43). Muchas personas de «orden» desaparecen de sus domicilios, grupos de Falange esperan órdenes para colaborar con los militares. El Ayuntamiento se declara en sesión permanente y el Comité del Frente Popular se encauta del edificio del Casino, estableciendo allí su cuartel general.

Dos hechos elevarán la temperatura emocional de las masas esa tarde. A las 17 horas toca puerto el «Almirante Valdés» al mando del jefe de máquinas Santiago López Jiménez, siendo recibidos por una enardecida multitud que los vitorea y lleva a hombros hasta el Ayuntamiento entre un entusiasmo indescriptible (44).

El segundo hecho tiene otro cariz más truculento. Un gitano apodado el Chipé, matón a sueldo de las derechas y hombre de los bajos fondos cartageneros, hiere gravemente a puñaladas a dos muchachos de las Juventudes

---

(41) Los testimonios de los auxiliares en la Causa que se instruyó no llegan a precisar si medió discusión entre ambos. Carece, pues, de consistencia la versión novelesca de Benavides, op. cit., pág. 65. Creemos que como sucedió a menudo en aquellos días resentimientos personales y tensión política actuaron como detonante del hecho expuesto.

(42) Los hechos del «Valdés», en Cerezo, tomo III, op. cit., pág. 184.

(43) Bartolomé García. «Cartagena en el período de nuestra guerra». Memorias manuscritas. Archivo Comité Central P. C. E., s/p.

(44) El recibimiento del «Valdés» está relatado en la Prensa local: «La Tierra», «El Noticiero», 20 de julio de 1936.

Socialistas. La Policía lo detuvo inmediatamente, pero las masas exigieron su entrega, y cuando era trasladado a la cárcel se apoderan de él, entregándose a un linchamiento público, que ha quedado particularmente grabado en la memoria de los cartageneros (45).

Esa tarde ya un fuerte contingente de Guardias de Asalto se encontraban apostados frente al Cuartel. A ellos se une una gran masa de población, concejales y dirigentes locales del Frente Popular en un ambiente de gran excitación.

Hacia las 9 de la noche un grupo de civiles armados disparan hacia el Arsenal por el muro de Quitapellejos. Sobre esa hora la situación interna del recinto comienza a hacerse explosiva. El temido contagio se hace real. Ante los disparos referidos, en el José Luis Díez se da orden de armar a la dotación, pero cuando se ordena dejar las armas, la marinería se niega, produciéndose escenas de gran tensión. Es el momento en que la tripulación incitada por el contraamaestre Santiago Díaz, aduciendo que tenía órdenes directas del ministro de Marina, detienen a los oficiales (46).

En el exterior, cuando regresan los marineros hacia eso de las 10 de la noche, el pueblo congregado formando una muralla humana, les impide la entrada al recinto diciendo que los oficiales les esperan para matarlos (47). El tumulto es tal que el propio contralmirante Molíns, jefe del Arsenal, se presenta invitando a una comisión del Frente Popular a franquear la puerta y comprobar que allí dentro no ocurre nada anormal.

Lo que ocurre a continuación es relatado con una sintaxis atropellada a los pocos días por el instructor de la causa que se abrió: « ... también entró sobre esas horas una comisión del Frente Popular a conferenciar con las autoridades de la Marina, por aquellos momentos en la Sala de Armas que con anterioridad se había cerrado, entró parte de la marinería, porque se fundaba en no querer entrar en que, sin armamento alguno, no quería estar dentro del Arsenal, y aún así hubo parte de la tropa que se quedó en la calle, y los que entraron cogieron por voluntad propia y sin orden de nadie, fusiles y municiones de la Sala de Armas y permanecieron toda la noche en vigilancia, en defensa propia, del Arsenal y de la República» (48).

---

(45) Existen dos versiones escritas de estos hechos. La del diario local «El Noticiero», editada, 21 de julio de 1936. La segunda, que concuerda mejor con la tradición oral, es la de Cruzada, op. cit., págs. 37-38.

(46) Cerezo, op. cit., págs. 235-236.

(47) Todos los informes coinciden en testimoniar dichos hechos, repitiendo las mismas imágenes y palabras.

(48) Informe de Carlos Balandrón, Causa N.º 22, op. cit., pág. 3.

Desde esos momentos, perdidos los vínculos de disciplina con sus subordinados, la sublevación ha fracasado totalmente en el Arsenal. Las clases auxiliares y la marinería, como en los barcos, han ganado a Cartagena para la República.

En la mañana siguiente comenzará la detención de oficiales. Algunos autores hablan de un plan perfectamente organizado, anunciado por un largo toque de sirenas, pero el atestado realizado días después por los propios auxiliares elevados ya a mandos, lo desmienten.

Esa mañana, según el relato, «formáronse grupos numerosos de marinería que en estado de excitación nerviosa y sin control de mando alguno, al grito de ¡viva la República! se dirigían hacia el destructor «Lazaga», que estaba atracado en el muelle del Arsenal por la parte donde está la machina, pidiendo la destitución del mando» (49). Ante la resistencia de éstos, una comisión se dirigió a solicitar dichas dimisiones del propio jefe del Arsenal, quien —tal vez para evitar males mayores—, se personó y ordenó su destitución.

Después, la marinería se dirigió hacia los otros buques. Entonces fue cuando —según su propio relato— el auxiliar primera naval José Andreu Lillo, «se armó con sable y pistola y salió tras dicho grupo de marineros armados, y al darles alcance, ya próximos a la Estación de Submarinos, les habló a la tropa, les formó con corrección y todo ello se hizo en evitación de que esta tropa armada y municionada cometiese algún desmán que fuese perjudicial a los fines de lealtad que se observaba en la tropa y al régimen constituido» (50).

A partir de ahí, en el transporte «Almirante Lobo», el destructor «Alcalá Galiano», submarinos y torpederos y demás buques el procedimiento fue igualmente expeditivo. Acompañados de Molíns, se les pregunta a las dotaciones si están conformes con sus jefes, cuando la respuesta es negativa —casi siempre—, se les destituye y se les detiene (51). Primeramente se les conduce a la Ayudantía Mayor, después a la prisión del Arsenal y finalmente al transporte «España N.º 3», de tristes destinos. Ahora sí, un largo toque de sirenas y el enarbolamiento del pabellón de la República en todos los barcos, expresan que la sublevación ha sido vencida.

De la forma plebiscitaria en que se ha destituido a los mandos, se eligen los nuevos. El citado Andreu Lillo se proclamó jefe de las fuerzas de marinería; a su vez, el segundo maquinista Manuel Gutiérrez, que había sido deteni-

---

(49) *Ibíd.*, pág. 3.

(50) *Ibíd.*, pág. 4.

(51) *Ibíd.*, págs. 5 y ss. Vid. para completar, Cerezo, *op. cit.*, págs. 235-240.

do la noche del 18 y posteriormente liberado, fue aclamado por unanimidad jefe del movimiento de represión «contra los jefes y oficiales que se habían levantado contra el Gobierno de la República» (52). Esa misma mañana, el teniente de Navío Antonio Ruiz —también detenido y liberado posteriormente—, acompañado del maquinista Gutiérrez, son llamados al Ayuntamiento y en nombre del Gobierno se les designa jefe de la Base y del Arsenal, respectivamente, cargos que serían confirmados pocos días después por el Gobierno de la Nación, al tiempo que se disponía el cese de Márquez y Molíns (53). Esa misma mañana, en la Plaza de Armas del Arsenal, el teniente de alcalde Alejandro Castillo los investió del mando. Seguidamente se nombraron los cargos de las dependencias más importantes (54). Interesa reseñar que en ese momento los cargos militares más importantes de la base están en manos de personas adscritas a la masonería, lo que suscita la interesante cuestión de hasta qué punto las solidaridades masónicas influyeron, si no tanto en la movilización contra los oficiales sublevados donde otros factores más profundos lo determinaron, sí en el otorgamiento de los cargos (55).

Se cerraban así tres días dramáticos. Luego vendrían muchos más, pero su examen desborda el marco de este artículo.

Conviene, sin embargo, antes de finalizar, recapitular los perfiles básicos de estos sucesos para intentar extraer algunas conclusiones.

En primer lugar, es evidente que en Cartagena se encontraba un importante grupo de oficiales implicados en la trama conspiratoria y dispuestos a sublevarse. Contaban, además, con la simpatía de la mayoría de los oficiales de la Armada, aunque no estuvieran directamente implicados en la trama.

En el Ejército la situación se ve menos clara, porque las simpatías están más repartidas.

---

(52) Para estos nombramientos, vid. Carlos Balandrón, informe cit., pág. 6-7.

(53) El decreto aparecido en G. R. 26 julio 1936. El destino de Márquez y Molíns también sería trágico. El primero murió en Paracuellos; el segundo, que fue absuelto por el Tribunal Popular, fue fusilado al acabar la guerra por los vencedores, quienes no le perdonaron su papel en la detención de oficiales.

(54) Junto a los señalados, otros cargos importantes fueron: Jefe de Estado Mayor de la Base, oficial segunda de oficinas Eusebio Vivancos; ayudante mayor del Arsenal, oficial tercero naval Pedro Adrover; jefe militar de las Fuerzas de Marinería, José Andreu; segundo comandante del Arsenal, oficial tercero de oficinas, Ángel Cano; director de los Servicios de Comunicaciones de la Base, oficial primero radiotelegrafía José Ibáñez. Del informe citado de Carlos Balandrón, pág. 6.

(55) Así opinan Benavides, op. cit., pág. 72, y Cerezo, op. cit., que insiste por todas partes en la condición masónica de muchos auxiliares, *passim*. Para la cuestión de la masonería, vid. José Antonio Ayala, «La masonería en la región de Murcia». Ed. Mediterráneo. Murcia, 1986, especialmente la relación de miembros de la Logia Atlántida, págs. 437-439.

Estos agentes fundamentales de la sublevación tropezaron con graves dificultades.

En primer lugar —y esto es indudable—, por la actitud de los jefes superiores. Cabrera, el comandante militar, se opone desde el primer momento, maniobrando decididamente para sofocar la rebelión. Los jefes de la Base y del Arsenal, Márquez y Molíns, ausentes de la trama conspiratoria, a pesar de sus simpatías hacia los sublevados, dudan en declarar el estado de guerra ante la postura de Cabrera, y se sitúan en una indefinición, dejando hacer a unos y otros, pero sin decantarse abiertamente. Por su parte, los oficiales de Marina, aún los más decididos, no se atrevieron a saltar por encima de la cadena de mandos. Es evidente que allí donde los jefes de las guarniciones estuvieron decididamente apoyando el alzamiento, como en la Base Aero-naval de San Javier, se hicieron con el control de la situación. Por contra, en las guarniciones de tierra, donde los jefes se mantuvieron fieles, la sublevación como tal no llegó a producirse y sus partidarios fácilmente neutralizados. Hechos que confirman la importancia de la jerarquía y de la disciplina en las fuerzas militares.

La falta de madurez de los planes conspiratorios es otro hecho a considerar. La mayoría desconocía estos planes y la conexión entre las distintas guarniciones era muy débil, algo que hubiera sido en determinados momentos decisivo. Faltó también —ahí está el ejemplo de Queipo de Llano en Sevilla— la resolución y la audacia, cuando se dejaron pasar muchas horas esperando el bando de Valencia, sin pasar a una acción decidida.

A estos factores se suma la actitud de las clases auxiliares y de la marinería alentada por el pueblo. La división entre los Cuerpos Patentados y los Cuerpos Subalternos de la Armada era tradicional por cuestiones internas, agudizadas por la política republicana que dio satisfacción a reivindicaciones históricas de los subalternos. Es aquí, y no en sus vínculos masónicos, donde hay que insistir para explicar su decidida actitud en defensa de la República. Algunos, como Cerezo, prefieren seguir empecinándose en ver en la «conspiración masónica» la razón del fracaso de la sublevación antirrepublicana en Cartagena. Pero ¿existía un plan perfectamente organizado para neutralizar la sublevación? A poco que se lean los informes del lado republicano, se advierte el estado de ignorancia, sorpresa y desasosiego de las clases auxiliares y la marinería en las primeras horas del levantamiento. En muchos casos, más que incitar a la tropa contra los oficiales, «encauzaron» a la tropa cuando ésta ya se había rebelado. Aquí sí hay ruptura de la cadena de mandos. La imagen de los soldados deteniendo a sus jefes obliga —y por eso se ha empleado el término— a hablar de revolución.

Por último, en el momento preciso, aparece el «pueblo», para precipitar el desenlace, incitando a la marinería a rebelarse contra sus jefes. Aquí el coro se hace protagonista.

Ante hechos como estos es lícito preguntarse por el finísimo hilo que teje la trama de los acontecimientos humanos. Es posible que cualquier alteración en la gradación de los hechos examinados pudiera haber alterado el resultado. Aquí las posiciones de los observadores se abren en un amplio abanico. Algunos amigos cartageneros opinan que de salir una compañía de marinería al mando de un teniente a la calle, Cartagena habría quedado en manos de Franco. Otros magnifican hasta la ficción el papel del pueblo. Todo inútil. Frente al pasado, que ya no podemos cambiar, nos queda sólo intentar comprender.